

UN MUNDO INSEGURO: USOS Y ABUSOS DE LA INSEGURIDAD

José María Tortosa

NOTA DEL EDITOR

El presente artículo se terminó de escribir en Cuenca, Ecuador, a principios de año, momento en el cual el autor lo entregó a la Universidad de esa ciudad ecuatoriana para su publicación. Ni el autor ni *Aposta* tienen, hasta el momento, constancia de que dicha publicación se haya llevado a efecto. No obstante, señalar esta circunstancia es relevante además para el lector comprenda el marco de algunos elementos lingüísticos y referenciales que eventualmente aparecen en el texto.

INTRODUCCIÓN

La palabra “seguridad” aparece en contextos muy diversos y no sólo en el Ecuador. Lo que aquí se va a pretender es describir esa proliferación de referencias a la seguridad y procurar un mínimo de sentido a la misma. Se van a usar, como fuentes, las noticias aparecidas en diversos periódicos bajo el supuesto de que los medios reflejan o producen determinados estados de ánimo, cosa que aquí no se va a discutir, pero reconociendo que, en todo caso, lo que en dichos medios se dice guarda relación con la así llamada “opinión pública” [1].

La tesis que subyace en lo que sigue es sencilla: la preocupación por la inseguridad y la criminalidad oculta, de hecho, la existencia de otra inseguridad y criminalidad, la empresarial y económica, y es causa y efecto de los crecientes niveles de desigualdad y pobreza en el mundo en la particular coyuntura económica que atraviesa el sistema mundial y en la peculiar geocultura instaurada por el grupo que domina el Gobierno del segundo Bush [2].

SÍNTOMAS

El resumen de lo que sigue es que la inseguridad aparece en muchos contextos de la vida cotidiana y se manifiesta, en los medios de comunicación, sobre todo en lo que se puede llamar la inseguridad ciudadana. Pero también está presente en la acción del Estado mediante inseguridad jurídica (de orígenes muy diversos que van desde la corrupción de jueces y policías al uso del Estado por parte de la clase dirigente para su provecho privado o político). Los intentos de encontrar un mundo virtual ajeno a estos problemas está llamado al fracaso: el mundo virtual tiene los mismos problemas de inseguridad que el mundo ‘real’ como se encargan de mostrar desde los virus, que hacen que hasta Microsoft tenga que protegerse de manera significativa, hasta la invasión de la vida privada o la entrega de publicidad no deseada entrando en las computadoras de cualquier ciudadano indefenso ante la misma. Véanse algunos ejemplos.

El 6 de diciembre de 2003 el periódico *La Vanguardia* informaba de la aparición de medidas de seguridad en los gimnasios catalanes que introducirían un equipamiento que permitiera reconocer las huellas digitales de los clientes de forma que nadie pudiera acceder a las instalaciones si no estaba debidamente documentado. Es obvio que la medida, como allí se reconocía, tenía que ver con el intento de evitar el uso fraudulento de los carnés (evitar que se pudiera usar el carné de otro u otra), pero el caso ya incluye, en el titular del periódico, la palabra ‘seguridad’ (‘Gimnasios de alta seguridad. Una cadena de centros deportivos exige la huella dactilar en el control de acceso’).

Ese mismo día, uno de los habituales spam (publicidad no solicitada y, ciertamente, no deseada) que llegaba a las computadoras hacía propaganda del “mayor centro de compra y venta en Internet”. A la izquierda de la página, y claramente resaltado, venían afirmaciones sobre “por qué X es seguro”, “todo sobre la seguridad” y “consejos sobre la seguridad” que invitaban al sufrido receptor del mensaje a conocer todo lo que siempre habían querido saber sobre la seguridad y nunca se habían atrevido a preguntar. Y no se diga nada de la inseguridad ante el vandalismo en internet, que haría que hasta Microsoft tuviera que cerrar alguna de sus páginas ante el temor de ataques coordinados contra la misma.

También a principios de diciembre, en la reunión del Grupo de Estudios de Política Criminal, celebrada en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense, el catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Alcalá (Madrid), Carlos García Valdés, ex director general de Instituciones Penitenciarias, dudó de la eficacia de las leyes antiterroristas o de reformas como las llevadas a cabo por el Gobierno en aquellas fechas, “contrarias a la misión de permanencia del Derecho Penal y a la necesidad de que proporcione *seguridad jurídica*”. García Valdés criticó esta forma de legislar “coyuntural” y lo comparó con “si el asunto de los tráfugas de la Comunidad de Madrid se hubiera pretendido solucionar, en lugar de con nuevas elecciones, con un nuevo delito en el Código Penal”. José Ramón Recalde iba más allá y decía que “la vía que ha puesto en marcha el Plan [de Ibarretxe] es un burdo fraude de ley; pero, también para denunciar este fraude, debemos ser jurídicamente correctos. Porque también es un fraude de ley crear tipos delictivos dirigidos contra las máximas autoridades de una comunidad autónoma, despreciando el procedimiento constitucional prevista para la creación de leyes” [3].

En el diario *Hoy* (Quito, 8 de diciembre de 2003) Miguel Macías Hurtado escribía un artículo (“Inseguridad jurídica”) en el que afirmaba: “sucede que en nuestro país actualmente se recela de los fallos del Tribunal Supremo, pues la opinión ciudadana mayoritaria considera que algunos de los miembros de la Corte Suprema sentencian frecuentemente conforme a instrucciones de los directores de los partidos políticos o de sus diputados. A este comportamiento se lo llama ‘politización de la justicia’” y es un componente central en la inseguridad jurídica. En general, será inseguridad el continuo

cambio de leyes *ad hoc* y la dependencia de los jueces, en su interpretación de las leyes, de criterios extrajurídicos.

A los pocos días, Juan Montaña Escobar añadía: ‘Esta es la peor de noticias: el Estado de derecho está haciendo crisis y se disgrega en pequeños y grandes feudos. Los señores feudales están feudalizando el Estado, mejor dicho, se están adueñando de áreas de poder y negocian entre ellos, y para ellos, beneficios privados’ [4]. El articulista se refería al Ecuador, pero la frase podría aplicarse a muchos otros países. Sin ir más lejos, a los Estados Unidos: De C. Wright Mills a James Petras hay una constante en el análisis de la sociedad estadounidense en términos de la patrimonialización que determinados grupos económicos hacen del Estado y que tiene resultados hasta en los candidatos a la Presidencia [5].

En buena parte, esta ‘feudalización’ actual se refleja en los conflictos *internos* del primer gobierno del segundo Bush y que indican intereses empresariales contrapuestos. Conviene recordar Halliburton, Bechtel, el sector petrolero en general y en sus luchas internas, lo mismo que el sector armamentístico y la financiación de la política estadounidense desde las campañas electorales a los ‘regalos’, sin olvidar la actividad legal de los ‘lobbies’ (Comités de Acción Política).

Si esto es así, y hay razones para pensar que está siendo así en muchas sociedades, el problema de inseguridad jurídica del débil [6] se hace enorme y no sólo en el caso de que se encuentre enfrentado a un fuerte (en cuyo caso puede pensar que tiene todas las de perder, que no es agradable, pero no es inseguridad) sino incluso enfrentado a otro débil o enfrentado penalmente al Estado.

La cuestión de la seguridad, sin embargo, sigue apareciendo en terrenos que pueden llamarse ‘clásicos’. El editorial del periódico *Hoy* (Quito) del día 23 de noviembre de 2002 se iniciaba diciendo: ‘una creciente ola delictiva azota al país, sobre todo en Quito y Guayaquil. Aunque el registro se halle por debajo del promedio de otras urbes latinoamericanas, ha aumentado, en los últimos años, la percepción ciudadana de inseguridad pública; por ello, en las encuestas de opinión, aparece como uno de los

problemas que más preocupan a los ecuatorianos”. Y terminaba con una serie de propuestas: “urge al menos una vigilancia continua por sectores en las ciudades, la respuesta rápida ante las llamadas de auxilio inmediato, el desmantelamiento de lugares en donde se venden repuestos de automotores robados, y la acción preventiva con la comunidad”.

El problema no remitía [7]: “El 90% de los hogares quiteños se siente afectado por la violencia, según el primer número del boletín Pulso de la seguridad ciudadana, publicado por el Observatorio de la Ciudad. Al cumplirse un año de la ‘Marcha blanca’, en la cual una multitud sin precedentes se congregó para reclamar de las autoridades un mayor control de la delincuencia y garantías para las personas y los bienes, los resultados son desalentadores. No solo no ha mejorado la seguridad, sino, al contrario, los hogares perciben que viven en un estado de desprotección. El mismo boletín señala que el 90% de los hombres jóvenes, entre 16 y 20 años, ha sido víctima de robo, lo cual supera todos los records de inseguridad. El cerramiento de casas y barrios enteros, la contratación de guardias privados, la utilización de perros especializados y la instalación de alarmas y todo tipo de adminículos de protección, han tenido un notable aumento en el último año, lo cual muestra el peligro que siente la ciudadanía.”

En un artículo (“Guerre sociale”), publicado en la primera página de *Le Monde diplomatique* de noviembre de 2002, Ignacio Ramonet planteaba una paradoja: si nos atenemos a los medios de comunicación, el mundo estaría sometido a una violencia sin precedentes e insoportable después del 11 de septiembre de 2001, de la guerra contra Afganistán y de la continuación de los ataques a Irak. Sin embargo, “el mundo está en calma, tranquilo, básicamente pacificado”, la mayoría de los grandes conflictos habría terminado y sólo quedaría una decena de casos de violencia (Colombia, País Vasco, Chechenia...) mientras la lucha política armada se estaría haciendo cada vez más rara. Pero, añadía, “¿significa eso que no hay otras formas de violencia actuando? No, ciertamente. Para empezar, está la violencia económica que ejercen, estimulados por la mundialización liberal, los dominantes contra los dominados”. “Las desigualdades alcanzan dimensiones inéditas”: pobreza, miseria, malnutrición, analfabetismo, carencia de agua potable y de

electricidad. En otras palabras, por un lado parece que hay más violencia, pero la realidad muestra que no hay tanta violencia de esa violencia guerrera de la que tanto se habla. Sin embargo sí que hay violencia, pero de otro tipo, y mucha, que alcanza “dimensiones de paroxismo”.

En esa línea, proseguía Ramonet, también se podía constatar que hay “más pobres que nunca y menos rebeldes que nunca”, lo cual no deja de ser intrigante. Su respuesta para esta curiosa contradicción era doble: por un lado, está “el agotamiento del marxismo como motor internacional de la revuelta social”. Por otro, está el hecho de la violencia de los pobres contra los pobres, refiriéndose a la creciente criminalidad, delincuencia e inseguridad, que el autor no dudaba en calificar de “auténtica guerra social” y es a ese punto al que se refiere el editorial del *Hoy* recién citado.

La encuesta “Delincuencia y Opinión Pública” fue realizada por la Fundación Paz Ciudadana y Adimark, entre el 1 de mayo y el 29 de junio de 2003, tomando 40 comunas (25 comunas de Santiago de Chile y en otras 15 ciudades chilenas), con una muestra total de 12.015 personas. De los datos más relevantes que muestra el estudio se encuentra que el 61,6% de la población cree que la delincuencia ha crecido en el último año; 63,4% que es más violenta; y 58,2% considera que aumentará. Estos datos son concordantes con las estadísticas oficiales, que dan cuenta de un aumento de las denuncias en el primer trimestre de este año, ocasión en que los asaltos crecieron 36,20%, respecto del mismo período de 2002. En cuanto a las situaciones que generan temor en la población, predominan las que tienen que ver con la exposición en la vía pública, sensación que disminuye notablemente al encontrarse en su hogar.

Clarín (Buenos Aires) dedicaba un editorial el 16 de julio de 2002 a “Cómo enfrentar la ola de inseguridad” que se manifestaba en el incremento estable de criminalidad en el país en general y, en particular, en la ciudad. De todas formas, como se indicaba en www.pacificar.com de 7 de diciembre de 2003 (“Las mafias policiales y el negocio de la inseguridad”, firmado por Jorge Benedetti), “el Gobierno avanza en la investigación a los jefes policiales, descubre y desnuda los focos de corrupción y recibe como respuestas una

ola de asaltos violentos, secuestros extorsivos y una creciente sensación de inseguridad de la que sacan provecho la derecha y sus representantes en los medios de comunicación”. La inseguridad puede ser un negocio incluso para la policía y el caso extremo podrían ser los siete policías detenidos en Medellín por formar parte de una banda de secuestradores [8]. Es la clásica inseguridad latente en el “*quis custodiat custodes?*”, quién vigila a los vigilantes.

Hay, de todas formas, nuevos motivos para que aparezcan sentimientos de inseguridad entre los miembros de la sociedad mayoritaria. Se trata de la emergencia de nuevos movimientos antisistémicos de difícil comprensión por parte de los instalados ya que parten de aquellos que, definitivamente, se daban como “cautivos y desarmados”. Probablemente el caso más curioso lo sean los movimientos de indígenas en América Latina, desde la emergencia del zapatismo en el México de 1994 hasta el derrocamiento de Gonzalo Sánchez de Lozada, Presidente de Bolivia, por grupos indígenas y campesinos, pasando por la situación de la CONAIE en el Ecuador en su deslizamiento desde el Gobierno a la oposición. Los criollos o blancos no podían imaginar que tales cosas pudieran pasar viniendo de sectores a los que se daba por marginales y algunos medios españoles, como los del grupo PRISA, con intereses empresariales en América Latina, han aireado todas las dificultades del proyecto indigenista generando así, sin quererlo, mayor inseguridad [9].

LA NUEVA INSEGURIDAD

En los últimos años (si se quiere, desde el síndrome del ‘11 de septiembre’) la seguridad ha tomado un cariz diferente. No es que lo recién indicado haya dejado de aparecer en los medios y de preocupar a la llamada “opinión pública”. De hecho, son citas todas ellas posteriores al fatídico día de 2001. Lo que sucede es que se ha empezado a hablar de seguridad en nuevos sentidos y campos que se añaden a los anteriores y que, también resumiendo, acaban llevando a la “guerra contra el terrorismo” o “lucha contra el terror” y todas sus variantes, siempre basada en la búsqueda de la seguridad para unos ciudadanos que aparecen de nuevo inseguros, pero por otros motivos que tienen que ver con disputas internas dentro de un Estado (el terrorismo de ETA) o con conflictos enquistados entre

países o entre bloques (“guerra de civilizaciones” según el vocabulario de Osama Bin Laden y según el sentir, pero no el vocabulario, del segundo presidente Bush).

Sectores importantes y significativos del pueblo estadounidense se sienten amenazados después de haber visto que podían ser objeto de un ataque de las proporciones que adquirió el del 11 de septiembre de 2001. La inseguridad sobre qué pueda suceder va acompañada por todo un sistema de alertas que el gobierno establece para que los ciudadanos estén prevenidos y sufran con paciencia el precio que hay que pagar para reducir dicha inseguridad y que tiene que ver, como suele suceder, con la reducción de libertades que, en el caso de los Estados Unidos significa el USA Patriot Act y la creación de un Ministerio de Seguridad Interior (Home Security Department), además de detenciones de dudosa legalidad y el confinamiento en Guantánamo de los “enemigos combatientes” que no son declarados soldados para no tener que cumplir, en evidente fraude de ley, la Convención de Ginebra sobre prisioneros de guerra.

Navidades de 2003 y el fin de dicho año estuvieron marcadas por alarmas sobre la seguridad en los vuelos (con la exigencia de policía armada en determinados trayectos que terminaran en los Estados Unidos), vigilancia ante posibles atentados en todo el mundo (embajada del Reino Unido en Lima, instalaciones en Arabia Saudita, centros turísticos asiáticos visitados por israelíes etc.), anuncio de atentados abortados (como el de ETA en la madrileña estación de tren de Chamartín). Todo ello formaba parte de lo que el director de *La Vanguardia*, José Antich, titulaba en su artículo como “Psicosis terrorista” [10] y a este propósito añadía: “¿Se hubiera podido mantener un nivel de seguridad similar con menos alarma social? Creo que sí. La seguridad no puede ser empleada como moneda de uso electoral ni tampoco con fines políticos y partidistas. Los gobernantes han de protegernos y si pueden hacerlo sin asustarnos, mejor.”

El uso de esta inseguridad navideña para alcanzar otro tipo de propósitos (desacreditar al gobierno francés, poner en dificultades a *Air France*) era afirmado por diversos funcionarios franceses de los que se hacía eco la agencia IPS [11]. Es difícil asegurarlo,

pero es una primera llamada de atención, a la que se volverá de inmediato, ante la posible utilización interesada de los sentimientos de inseguridad.

Los Estados Unidos, con independencia del síndrome del '11 de septiembre' y al margen de la tesis de *Bowling for Columbine* referentes al miedo que impregna la sociedad estadounidense, también mostraban elementos de esta creciente inseguridad no sólo ante la criminalidad callejera del robo y el atraco sino ante muchas otras formas de ataque a la integridad y a la propiedad [12].

Pero hay más: 'el simple hecho de que E. U. continúe con la exploración y desarrollo de nuevas armas nucleares implica, según expertos, un golpe a los esfuerzos antiproliferación de los últimos 20 años. Pero la preocupación central va mucho más allá y se fija en la doctrina de seguridad nacional que las acompaña' [13]. Hay, efectivamente, una clara inseguridad asociada con la proliferación de armas de destrucción masiva (no sólo en los países periféricos sino, sobre todo, en los centrales), pero hay, sobre todo, una doctrina sobre la Seguridad Nacional que conviene tener en cuenta.

La *Revisión Estratégica de la Defensa*, publicada por el Ministerio de Defensa español en enero de 2003 es interesante a este respecto. Es cierto que, siguiendo el síndrome del '11 de septiembre', se pone al terrorismo exterior y las armas de destrucción masiva como uno de los grandes riesgos, junto a cuestiones medioambientales, migratorias, cibernéticas etc. Pero añade (p. 57): 'En la nueva concepción de seguridad, la prevención es la *acción encaminada a evitar que las tensiones, inestabilidades y crisis, den lugar a conflictos* y, en caso de que éstos se produzcan, tratar de contenerlos en sus primeras fases y en sus lugares de origen (...). En este sentido, se debe actuar en el momento oportuno y de manera *ad hoc* ante situaciones específicas, mediante una adecuada combinación de instrumentos políticos, diplomáticos, económicos y militares'. Esta doctrina de la prevención para que el choque no lleve a la violencia y haga precisa la intervención militar directa es una doctrina aparentemente razonable. Pero el gobierno de los Estados Unidos publicó posteriormente un panfleto, en septiembre de 2003, titulado 'Estrategia nacional para combatir el terrorismo' en el que daba una doctrina un poco diferente.

El documento estadounidense es claro: ‘La violencia política puede que sea endémica en la condición humana, pero no podemos tolerar a terroristas que busquen combinar los poderes de la tecnología moderna y las armas de destrucción masiva para amenazar la misma noción de sociedad civilizada. La guerra contra el terrorismo, sin embargo, no es una especie de ‘choque de civilizaciones’. En su lugar, es un choque entre la civilización y los que quieren destruirla’. Así que ‘vamos a derrotar a las organizaciones terroristas mediante una acción despiadada. Vamos impedir que los terroristas tengan los patrocinadores, apoyos y santuarios que necesitan para su supervivencia. Vamos a ganar la guerra de las ideas y vamos a reducir las condiciones subyacentes que promueven la desesperación y las visiones destructivas de un cambio político que llevan a la gente a abrazar, y no rehuir, el terrorismo Y, en todo tiempo, *vamos a defender contra ataques terroristas a los Estados Unidos, a nuestros ciudadanos y a nuestros intereses en todo el mundo*’. (Los ‘otros’ terroristas, tipo ETA, no les interesan mucho, aunque los pongan en la problemática lista del Departamento de Estado, problemática por las numerosas altas y bajas que ha tenido y por contar entre sus componentes a movimientos que se encuentran en claro proceso de negociación para dejar las armas). El documento tiene evidentes tintes electorales y parece haber sido escrito para su consumo por los medios [14].

El peso de este documento sobre la política de seguridad española ha sido tal que el presidente Aznar, en su discurso ante la 58 asamblea de Naciones Unidas, el 22 de septiembre de 2003, iba mucho más allá y abandonaba explícitamente la doctrina establecida y pactada en el documento del Ministerio de Defensa de su país: el mero plantearse las causas del terrorismo ya era una pérdida de tiempo. Y días después decía que el aumento de terrorismo después de la ocupación demostraba que había que invadir Irak. El hecho, de todas formas, es que, en la lista del *World Market Research Center*, Irak estaba, antes de ser ocupado, por debajo del puesto 50 en cuanto a riesgo de sufrir ataques terroristas, mientras que después de la ocupación está entre los 10 primeros. Si esto se debe a la ocupación misma o demuestra que había que ocuparlo, es un asunto que puede dejarse para otro debate.

La inseguridad jurídica más fuerte tiene tonos orwellianos: “todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros”. Se trata de los animales dentro de un país, a lo que ya se ha hecho referencia, y se trata también de los países mismos: armas de destrucción masiva fueron utilizadas por los Estados Unidos en el Japón, Vietnam, Kosovo e Irak y los dictadores como Pinochet o los de las Juntas argentinas no han tenido el trato que ha tenido Sadam Hussein o Milosevic. La excepcionalidad de los Estados Unidos, de todas formas, queda de manifiesto cuando se los ve fuera de la jurisdicción de la Corte Penal Internacional, fruto de sus diversas presiones y de la claudicación de numerosos gobiernos que han sido convenientemente aleccionados.

La nueva inseguridad, de todas formas, alcanza su nivel más alto cuando se considera la oficialización de la doctrina del ataque preventivo puesta de manifiesto por en el documento “National Security Strategy for the United States” firmado por George W. Bush [15]. Por un lado, porque deja claro que a dicho país todo le estará permitido y eso no es un elemento que produzca particular seguridad. Por otro lado, porque dicha doctrina, de generalizarse, llegaría a justificar que Madrid bombardeara Rabat como ataque preventivo (“antes de que se materialice la amenaza”) para evitar una nueva toma de la isla Perejil, poco importante en sí misma, o, más probable y mucho más simbólico para gobernantes españoles, la toma de Ceuta y Melilla. En ese mismo sentido, Londres podría bombardear Madrid para “prevenir” una marcha española sobre Gibraltar. Y no se diga cómo se aplicaría el tal principio a las relaciones entre Bolivia y Chile o a la reanudación del conflicto Ecuador-Perú. El principio, generalizado, es, probablemente, el mayor elemento de inseguridad a escala mundial que pueda pensarse una vez el mecanismo de Naciones Unidas (defectuoso pero existente) es condenado y despreciado por los que confiesen su “manifest destiny” y su excepcionalidad. Fue el presidente Bush, efectivamente, el que realizó las declaraciones desdeñosas sobre Naciones Unidas calificándolas de “irrelevante club de debates”.

EXPLICACIONES

Las inseguridades viejas y nuevas pueden tener explicaciones comunes. La primera y más obvia es que hay más criminalidad y mayores amenazas. Lo primero no es seguro ya que, por lo general, los datos de la policía, de los periódicos y de opinión pública no suelen coincidir [16]. Pero si una de las “causas” de la criminalidad es el aumento de la pobreza y, sobre todo, de la desigualdad [17], los datos disponibles sobre ambas variables, y que hablan de un evidente aumento de ambas, tendrían que estar produciendo mayores niveles de criminalidad. También es posible que se estén dando mayores amenazas, dadas las políticas de enfrentamiento sin querer atender a las causas que producen fenómenos como el terrorismo. Todo ello podría fundamentar un punto de vista como el planteado por un análisis del periódico *Hoy* que comenzaba diciendo que “la mayor preocupación ciudadana es la seguridad, según las encuestas [...] en los últimos años”, [...] que “los índices del delito no disminuyen” [...] y que “la percepción ciudadana de inseguridad es cada vez más grande” [18].

Parece fuera de discusión el aumento de la desigualdad a escala mundial y de la desigualdad en algunos países [19]. Pero el efecto de la desigualdad alcanza no sólo a la criminalidad sino a otros asuntos aparentemente alejados de éste. Danny Gottwein, profesor de Historia Judía en la Universidad de Haifa, iba más allá y afirmaba que los israelitas se estaban derechizando no por lealtad a los territorios de la Gran Tierra de Israel, sino porque la ola capitalista se habría llevado por delante las redes de seguridad y se habría encontrado sin nada bajo sus pies. Esto hace que se encuentren las clases asustadas en una situación de bancarrota e inseguridad. Lo que estaría alimentando la realidad de la ocupación israelí de los territorios palestinos sería, literalmente, la desigualdad económica y social [20].

No es un fenómeno aislado. De hecho, en casi todas las sociedades se encuentran elementos de estas clases que han dejado de ser las “classes dangereuses” del siglo XIX para pasar a ser las clases asustadas. Asustadas de caer en la pobreza, asustadas de desaparecer y asustadas de la criminalidad. Este miedo a la criminalidad o esta inseguridad generalizada tendría entonces una parte objetiva, fruto del aumento de la desigualdad, y una parte subjetiva, fruto de la posición de estos sectores en las sociedades contemporáneas. Estas

clases asustadas magnifican el peligro, por otra parte real, y demandan que, de alguna forma, se les confirme que su diagnóstico es el correcto.

La inseguridad, en efecto, se puede manipular (se manipuló —y era igualmente real— a comienzos de la Transición española a poco de la muerte de Francisco Franco —“miedo a salir de noche”—). Para los que sólo tienen los telediarios como fuente de información, es relativamente sencillo convertirlos en una especie de narración de los crímenes acaecidos en la contornada. Si a esto se añade la aparición de programas televisivos, en horas de gran audiencia, que desmenuzan los hechos criminales más salientes, la probabilidad de que el público acabe pensando que la cosa es seria es una probabilidad relativamente alta. No parece, ciertamente, que se pueda crear de la nada: hace falta una base de hechos reales sobre los que, utilizando los sentimientos animales xenófobos y diversas tradiciones racistas, se pueden construir enemigos a los que achacar todos los males de la colectividad.

No deja de ser interesante, a este respecto, el aumento de la inseguridad en la Unión Europea no sólo ante la inmigración (siempre con tintes xenófobos) sino incluso ante la ampliación del número de socios y su expansión hacia el Este [21]. Las referencias a las mafias (por supuesto, de extranjeros), los problemas derivados de la trata de personas (inmigrantes ilegales, trata de blancas) y la anomía generada por el contacto de culturas en contexto de competencia económica juegan un papel sinérgico muy importante.

La inseguridad, de hecho, se puede manipular. Pero también se puede fabricar: el excepcionalismo estadounidense ante Naciones Unidas y ante la Corte Penal Internacional es un caso evidente. El asunto, causa evidente de inseguridad a escala mundial, es presentado en los Estados Unidos precisamente como una forma de superar la inseguridad existente, inseguridad que viene remachada por las sucesivas alertas ante un posible ataque terrorista.

No tendría sentido reducirla a esto solamente, pero parece claro que esa inseguridad puede servir para ocultar la inseguridad ante el crimen económico y ante el favoritismo de Estado [22], que son problemas más de fondo. Los casos extremos de Enron o Parmalat sólo son la

punta del iceberg de un sistema que ha encontrado la piedra filosofal para los controles a los que se someten las empresas: contratar a los controladores, del tipo Arthur Andersen, para que les asesoren en cómo burlar su control. El otrora ensalzado sistema del “capitalismo popular” en el que la propiedad privada venía diluida en un sinnúmero de accionistas de clase media y clase media-baja se ha convertido en una gran estafa: los gerentes, con salarios que, en el caso de los Estados Unidos, pueden llegar a ser del orden de 400 veces el salario del último operario, con salarios blindados mientras predicán la flexibilización laboral y “stock options” que pueden negociar con información privilegiada, con “salarios diferidos” como el que recibe el vicepresidente Dick Cheney de su antigua empresa Halliburton y que vienen a equivaler a su sueldo oficial como Vicepresidente, con capacidad para la “contabilidad creativa” y ausencia de transparencia, amén de los enjuagues con las empresas auditoras, han llevado a que el pequeño accionista no sepa qué puede suceder con sus ahorros invertidos en empresas auditadas, solventes y respetables que, además, mantienen contactos con los gobiernos haciéndolas, así, menos sospechosas del riesgo de bancarrota. Cuando la bancarrota se produce en la empresa de al lado, la inseguridad sobre el futuro de las acciones de esta empresa de aquí es lógico que aumente.

El crimen empresarial produce más daño económico que la criminalidad callejera y, si se calcula apropiadamente, más muertes incluso. Russel Mockhiber afirma que unos 19.000 estadounidenses son asesinados al año, pero más mueren por su trabajo o por enfermedad profesional: 56.000. Los robos callejeros pueden ascender a un total de 3.800 millones de dólares al año, pero los fraudes en asistencia sanitaria oscilan entre 100.000 y 400.000 millones o los fraudes en Ahorros y Préstamos (“Savings and Loans”) entre los 300.000 y los 500.000. Y no se diga los producidos por Enron, WorldCom o Martha Stewart sin salir de los Estados Unidos. Fuera, la lista es interminable.

El favoritismo de Estado es otro fenómeno que genera inseguridad. El riesgo que comporta el mercado viene sustituido, por algunos empresarios, por un acceso directo al poder del Estado gracias a donaciones, sobornos, relaciones personales y acceso a la información privilegiada claramente visible en el sector inmobiliario pero no de manera exclusiva. Los que se podrían llamar “empresarios del régimen” (sea el que sea) funcionan con

independencia de las leyes del mercado y pueden ser particularmente corruptos como el caso de Halliburton o Bechtel se ha encargado de mostrar para la ocupación de Irak [23]. Frente a los empresarios “con conexiones”, los restantes pequeños empresarios tienen una inseguridad mayor sobre el resultado de sus decisiones que ya nada tienen que ver con el pretendido “feedback” que proporciona el mercado supuestamente transparente. Y los pequeños empresarios, así inseguros, pueden tener tentaciones de “poujadismo”.

Es difícil sustraerse a la impresión de que nos encontramos ante una inseguridad que es exaltada por los Estados pero que, al mismo tiempo, se des-responsabilizan de la misma. Los gobiernos que, en una parte, como en el ejemplo del favoritismo de Estado, son causantes de la inseguridad, se dedican a subrayar muchos elementos de la misma que llegan a las pensiones, la seguridad social, la criminalidad misma aunque el énfasis en esta última suele ser cosa de la oposición. Difícilmente los gobiernos reconocen su responsabilidad ante esos problemas. La razón podría ser relativamente sencilla: La inseguridad genera sumisión y permite control, pero el Estado, tal y como pretenden los gobiernos, “no tiene nada que ver”. Casi se puede decir que a más inseguros, más sumisos, pero es una afirmación exagerada aunque guarda una cierta dosis de verdad, mayor o menor según los regímenes y circunstancias.

El actuar sobre las causas, como pretendía la Política de Defensa española antes de que Washington hablase, no excluye las medidas policiales y militares. El dicho documento así lo dice y por obvios intereses creados. Pero también porque parece estar en la lógica de las cosas: actuar sólo sobre las causas puede ser un “largo me lo fiáis”. Pero actuar sólo sobre los efectos puede ser un caso de “pan para hoy, hambre para mañana”, como probablemente veamos, y es de esperar que esta afirmación sea una equivocación más, que retorna el terrorismo en España. Es obvio que, aquí como en la vida cotidiana, hay que caminar con las dos piernas: servicio de urgencias (leyes, aplicación de las mismas, garantía de que se cumplen, seriedad en el acto de legislar, eficacia policial) y medicina preventiva. Pero es que hay más. Un columnista del periódico español *El Mundo* comparaba el terrorismo con la tos. El terrorismo, en efecto, es un síntoma, no una enfermedad, y puede tener múltiples causas (afonía por haber hablado mucho, tuberculosis, cáncer, resfriado etc.). El no saber

las causas podría llevar a recetar quimioterapia a quien sólo está resfriado o aspirinas al enfermo de cáncer. “Curar” los efectos sin saber las causas puede llevar a errores muy de bulto e irreparables. Y peor es utilizar para otros fines de tipo político (elecciones, por ejemplo) la inseguridad causada por el terrorismo.

Queda una última cuestión. Carlos Marx decía que “la ideología dominante es la ideología de la clase dominante”. Probablemente la frase es demasiado rotunda como para que no se conozca multitud de excepciones. Sin embargo sí puede decirse que la palabrita dominante es la palabrita que más conviene al país dominante [24]. Durante la Presidencia de Clinton fue “globalización”, palabra hoy casi en desuso y, en todo caso, en plena decadencia. Servía para legitimar algunas de sus políticas. Abandonadas éstas por el segundo Bush, la palabra que la sustituye es “seguridad”, asunto ante el que se sacrifican libertades y derechos civiles y humanos. Tal vez aceptar hablar de la “sociedad de la inseguridad” sea ya un modo de aceptar las necesidades de legitimación que tiene el gobierno de los Estados Unidos en esta coyuntura neoconservadora y ya no neoliberal. Pero no hay dudas de que existen problemas con la inseguridad. Lo que es discutible es que ése sea el único o principal problema.

José María Tortosa

Catedrático de Sociología · Universidad de Alicante

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

[1]: El periódico *La Hora* (Quito), dedicaba tres páginas de su edición del 8 de febrero al tema de la inseguridad y la criminalidad. Era curioso, sin embargo, el modo de titular: “Violencia preocupa a ecuatorianos”. Y era curioso porque nada había en el texto que demostrara que tal tema preocupa a (todos, muchos) ecuatorianos. Sí había opiniones personales de una socióloga y de dos o tres activistas de organizaciones diversas. Lo

interesante es que el modo de titular genera, en el lector, la preocupación ya que querrá sumarse a la mayoría.

[2]: Tortosa, José María, "El nuevo (des)orden glocal", *Le Monde diplomatique* (edición española), agosto de 2003.

[3]: Recalde, José Ramón, "Formas necesarias y juegos prohibidos", *El País* (Madrid), 10 de diciembre de 2003. Véase, también, la referencia al estudio del Centre d' Estudis Jurídics de la Generalidad de Cataluña ("Uno de cada tres presos reincide", "Dureza penal y reinserción", *La Vanguardia* (Barcelona), 6 de marzo de 2004).

[4]: Montañó Escobar, Juan, "Plusvalía de la violencia", *Hoy* (Quito), 17 de enero de 2004.

[5]: La alternativa "progresista" a George W. Bush fue John Kerry, una vez olvidado Howard Dean. Pero sus conexiones con la clase dominante estadounidense eran más que evidentes, incluyendo la fortuna de Teresa Heinz Kerry, su esposa, valorada en más de 500 millones de dólares. "What kind of President would John Kerry be?", *Time*, 9 de febrero de 2004.

[6]: Acosta, Alberto, "Sarayaku, un grito por la vida", *Hoy* (Quito), 10 de diciembre de 2003.

[7]: Rosales, Francisco, "Inseguridad", *Hoy*, 16 de diciembre de 2003.

[8]: *El Tiempo* (Bogotá), 31 de diciembre de 2003.

[9]: También en otros medios. Véase Vargas Llosa, Mario, "Y ahora, Bolivia", *Los Tiempos* (Cochabamba), 22 de octubre de 2003.

[10]: *La Vanguardia* (Barcelona), 6 de enero de 2004.

[11]: El despacho de International Press Service de 14 de enero de 2004 ("El pastor mentiroso antiterrorista"), firmado por Julio Godoy, comenzaba diciendo que "Funcionarios franceses atribuyen a 'histeria' y 'desinformación deliberada' las últimas alertas antiterroristas lanzadas por Estados Unidos, que obligaron a suspender varios vuelos entre los dos países".

[12]: Mann, Charles C., "Homeland insecurity", *The Atlantic Monthly*, septiembre de 2002.

[13]: "La nueva doctrina de George W. Bush de atacar antes de ser atacado despierta temores", *El Tiempo* (Bogotá), 6 de diciembre de 2003

[14]: Para más detalles, véase Tortosa, José María, "La lucha estadounidense contra el terrorismo", *Ecuador Debate* (Quito), 60 (2003) 147-157.

[15]: Para más referencias, análisis y contextualizaciones de ambos documentos (National Security Strategy for the United States y National Strategy for Combating Terrorism), véase Tortosa, José María, *La guerra de Irak: un enfoque orwelliano*, Alicante, Universidad de Alicante, 2004.

[16]: Los casos en que se produce una disminución de la delincuencia se resaltan menos.

[17]: Laurent Muchielli, *Crime et sécurité: un état des savoirs*, París, La Découverte, 2002. Obsérvese que se dice “aumento” y no “nivel”. Los trabajos empíricos al respecto (muchos de ellos en la página web del Banco Mundial) indican, efectivamente, que no es el nivel de desigualdad lo que parece asociado con el nivel de criminalidad sino el aumento de desigualdad el que parece asociado con un aumento de criminalidad.

[18]: ‘Sicariato e impunidad’, *Hoy*, 2 de febrero de 2004.

[19]: Tortosa, José María, ‘La generación de desigualdades a escala mundial’, *Clase, estatus y poder en las sociedades emergentes*, J. F. Tezanos ed., Madrid, Editorial Sistema, 2002, pp. 15-41.

[20]: Ushpiz, Ada, ‘Home away from home’, *Ha'haretz* (Jerusalén), 24 de enero de 2003.

[21]: ‘Expanding EU fears crime surge’, Alyazira/Reuters, 19 de diciembre de 2003.

[22]: Respectivamente Albala, Nuri, "Crimes économiques impunis", *Le Monde diplomatique*, diciembre de 2003, p. 3 y Tescer, Olivier, "Argent public, fortunes privées", *ibidem*, pp. 4 y 5.

[23]: Krugman, Paul, ‘Who’s sordid now’, *The New York Times*, 30 de septiembre de 2003. Idem, ‘Patriots and profits’, *The New York Times*, 16 de diciembre de 2003.

[24]: Tortosa, José María, *Violencias ocultas*, Quito, Abya Yala, 2003, cap. 3.